

LIBROS RECIENTES

UNA VIDA AMERICANA

Ronald Reagan
Plaza & Janés - Cambio 16
Barcelona, 1991

Ronald Reagan no es un escritor. Casi ningún político norteamericano posee la habilidad de llenar un espacio en blanco, salvo para garabatear apuntes cifrados en excepcionales ocasiones. Tal vez Richard Nixon, Henry Kissinger y Richard Lugar representan esa minoría que ha logrado perseverar en el intento de escribir. En cambio, son muchos los políticos que se han rodeado de escritores para que sean ellos los que traduzcan al papel sus ideas y registren cada uno de los acontecimientos vividos durante su tránsito por el poder. La historia política contemporánea, por ejemplo, se ha nutrido de Arthur Schlesinger Jr. para poder conocer y entender el fenómeno Kennedy y su paso por la Casa Blanca. Sin Schlesinger, Kennedy habría muerto dos veces.

Ronald Reagan, que tuvo cerca durante su gobierno a un Schlesinger, sin embargo, tomó la precaución de llevar un diario donde consignó, esquemáticamente, los momentos más agudos e intensos de su mandato. Era un esqueleto al que Robert Lindsey —un escritor en ascenso— le puso carne. Gracias a su talento de

narrador aparecieron recientemente las memorias del ex presidente norteamericano, adornadas con sus más cálidos recuerdos de niñez y juventud.

El libro, en Estados Unidos, se vendió bien; más por el capítulo humano, que cuenta los primeros cincuenta años del estudiante, locutor y actor, que por los episodios graves e históricos en los que participó como presidente. Al fin y al cabo las primeras doscientas páginas son una lección de cómo se construye, individualmente, el sueño americano. El resto es una lección de cómo muy pocos pueden llegar a verlo realizado desde una limosina.

Lo cierto es que todo el contenido vale. Quizás la superficialidad que los buenos lectores le suelen otorgar a la obra en sus primeras doscientas páginas sólo sea un capricho intelectual. Una pose despectiva. Cuando se lee entre líneas, por el contrario, uno se encuentra con que tal superficialidad es aparente. Ahí existe una explicación detallada del éxito americano. Esa fe en el individuo, que se empieza a inculcar en la cuna. Ese culto a la libertad, una tradición consentida desde los Padres Fundadores. Ese respeto sacramental hacia el derecho de propiedad, sobre el cual gira el motor de la riqueza. Todo esto —un conjunto de valores esenciales para el pueblo norteamericano— no sólo mol-

III TRIMESTRE 1991

deó en Ronald Reagan una actitud ante la vida. También le permitieron, al volver e insistir sobre ellos, llegar y permanecer en la Casa Blanca durante ocho años y llevar hasta ella a su sucesor, George Bush.

Cada pensamiento al respecto aparece en el libro. Pero además figuran sus días junto a Gorbachov, la crisis del Medio Oriente, la visita a Berlín, la invasión a Granada, el envío de armas a los contras nicaragüenses. Todos los hechos que se gestaron en uno de los periodos más agitados del siglo XX.

Ronald Reagan fue una era. Detrás de la máscara de actor hubo un gran economista. Delante del telón, un formidable político.

Mario Jaramillo

**JOHN MAJOR, LA CAIDA
DE MARGARET THATCHER**
Bruce Anderson
Plaza & Janés - Cambio 16
Barcelona, 1992

Pocas horas antes de conocerse el triunfo de John Major —cuenta Anderson en su libro— le preguntaron al ministro de Deportes, el conservador Robert Atkins, qué quería beber.

—Whisky, contestó.

Al servirle, quien lo atendía volvió a preguntar:

—¿Le añadido algo?

—Sí. Más whisky— respondió el funcionario.

La graciosa anécdota no sólo ilustra la tensión previa a la elección de Major como primer ministro, sino representa, gráficamente, el espectáculo de malabarismo político que Major brindó a los ingleses desde el

mismo instante en que su nombre empezó a sonar entre los posibles sucesores de la Thatcher.

Este hombre, de 1.90 de estatura, que jamás pasó por una universidad, llegó al número 10 de Downing Street después de desmontarse de un trapecio que osciló durante meses entre defender y atacar a su antecesora. Nadie sabe cómo ocurrió, pero lo cierto es que John Major subió tan rápido al poder como Margaret Thatcher —la principal responsable de su candidatura— cayó de él.

La paradoja trata de ser explicada racionalmente, aunque sin mayor éxito, en el libro de Anderson. Une y reúne una serie de acontecimientos y circunstancias políticas para dar coherencia a una situación inexplicable. Tal vez Major ejerció una deslumbrante destreza para poner de su lado a aquellos elementos que parecían marchar en contra suya. Pero nada habría logrado si su suerte no hubiese caminado más rápido.

Anderson conoce a fondo la mecánica de la política inglesa. Y a los políticos ingleses. Y a los ingleses. Es una combinación desesperante. Está llena de recovecos, atajos, callejones sin salida, nombres elegantes, títulos de toda naturaleza, conspiraciones en los salones de té; un frío laberinto cuyo recorrido a veces suele ser inhumano. Se necesita ser inglés para sobrevivir a él.

Una abstracción de ello es recomendable. Entonces la lectura puede tomar ritmos sosegados, apacibles, donde el impulso surge por el afán de desentrañar la posición inglesa frente a la Unión Monetaria Europea, los consejos económicos de sir Alan Walters a Margaret Thatcher, la inflación, la seguridad social, el impuesto municipal. Estos acontecimientos apare-

cen conectados entre sí en un tejido político cuyo transcurso resulta inquietante en ocasiones. Se comprende, así que Major adelantó una campaña para que no se esfumase del todo el milagro económico de la Thatcher, pero sin perder de vista que el verdadero milagro era espantar de los hogares ingleses la figura política de la primer ministro.

Major, pues, trabajó con la nostalgia. Hizo entender a los electores que él no era la Thatcher, pero que podía ser tan bueno como ella lo había sido en sus mejores tiempos. Los votantes, tampoco se sabe cómo, comprendieron el mensaje.

No hay nada más que añadir sobre la angustiante narración del ascenso de John Major al poder. O, tal vez, sí: más whisky.

Mario Jaramillo

**TRAFICO Y CONSUMO DE
DROGAS. CONSECUENCIAS
DE SU CONTROL POR EL
GOBIERNO**

Ronald Hamowy (editor)
Unión Editorial
Madrid, 1991

Las consecuencias de la prohibición del tráfico y consumo de drogas se alzan como monumentos a la equivocación humana. Quizás la política antinarcoóticos asomó hace más de setenta años como el remedio a un pequeño mal que apenas aparecía en escena. La otra alternativa habría sido la legalización de la droga.

Ha pasado el tiempo. Se han probado, trágicamente, los efectos de la prohibición. El alto precio de la

droga, producto de la ilegalidad, ha disparado todos los índices de delincuencia, criminalidad, terrorismo y corrupción. Pero el consumo no ha disminuido. Los estragos de la droga han sido mayores por la actitud represiva hacia ellos que por los daños que ocasiona en la salud de sus consumidores. Daños que no quisiéramos ver en ningún ser humano. Y que, de seguro, serían menores si la oferta disminuyese. Es probable que ello ocurra cuando el negocio abandone sus características altamente lucrativas. Cuando el negocio deje de serlo.

La moral se esgrime a menudo cuando alguien plantea la posibilidad de legalizar la droga. Es comprensible. Nadie quiere ver a un niño tras una dosis de cocaína o heroína, ni presenciar los horrores de un hogar destruido por tal causa. Es, moralmente, inaceptable. El verdadero triunfo de la moral sobrevendría cuando nadie tiene a los niños, para enriquecerse, ni los hogares se destruyan porque el padre, que quería ganarse el dinero fácilmente, fue apresado por vender droga.

Sobran argumentos a favor de la legalización. Pocos, en cambio, son los que se sostienen por sí solos en contra de ella. Esto, que empieza a ser una realidad indestronable, aparece en el libro *Tráfico y consumo de drogas*, cuyo contenido incluye selectos textos de once expertos en la materia. Entre ellos existen, a veces, posiciones encontradas. No todos piensan lo mismo. Hay matices. Sin embargo, en conjunto, todos quieren que la droga cause el menor daño posible.

El contenido tiene un propósito desmitificador. Trata de librar el problema de la manipulación política y social. Una tarea ingrata. Muchas

estadísticas, por ejemplo, no permiten llegar a conclusiones importantes. Han sido distorsionadas, oficialmente, para conducir el problema según las conveniencias. Y a una buena parte de la humanidad le conviene continuar adicta a la política antinarcóticos. Hay demasiados intereses de por medio.

Este esfuerzo editorial es meritorio y, sobre todo, necesario. Se constituye en una buena compañía para quienes, solitariamente, clamamos en el mundo por un comportamiento más racional y menos emotivo frente al consumo y tráfico de drogas.

Mario Jaramillo